



Bienvenidos
a
SHEN



KRIS L. JORDAN

Agradecimientos

Comencé a escribir este libro antes del confinamiento de marzo del 2020 y durante los meses de encierro fue mi entretenimiento, mi terapia para pasar los días. Por eso y por muchas otras cosas, *Bienvenidos a Shen* es tan especial para mí.

Me gustaría empezar mis agradecimientos por mi marido, porque me acompaña en mi aventura, me asesora, aguanta y apoya de manera incondicional.

Debo agradecer de manera especial a una de mis mejores amigas, un pilar muy importante en mi vida, alguien a quien recurro cuando necesito un buen consejo, risas o un empujoncito para seguir. Ella, en especial, me ayudó muchísimo con la trama. Mónica QSan fue mi consejera, juntas disfrutamos de largas charlas y de muchas horas en Shen.

También quiero darles las gracias a Vanessa Valor, Noelia Moral, Carol RZ, Marien y Charo, porque son mi equipo y sin ellas nada sería posible.

A José de la Rosa, a la Colección Mil Amores y al editor Jorge Molinero, porque apostaron por esta novela.

Mi máximo agradecimiento a ti, lector, porque sin ti no soy nada. Mi aventura comienza cuando abres el libro, mis personajes

cobran vida porque tú se la das, mis historias son tuyas, disfrútalas y, por favor, recuérdalas.

Quiero dedicarle este libro a mi chingu Inés, entró en mi vida hace poco, pero se ha convertido en alguien muy especial para mí.

Por último, también quiero dedicar esta novela a todos esos seres queridos que perdimos por culpa de la COVID-19, todos los que se nos fueron, dejándonos un gran vacío. Os recordaremos día a día, siempre estaréis en nuestra memoria. Va por vosotros.

Besos al cielo.

BIENVENIDOS A SHEN

Capítulo 1

Alabama había preparado la cena: unos deliciosos muslos de pollo y un gran bol de ensalada.

—Chicos, a cenar.

Jayden y Pay, obedientes, apagaron la televisión y, tras coger cada uno su plato, se sentaron en la isla de la cocina.

Devoraban con hambre y Alabama sonrió al verlos. Se sentía feliz. Cuando ella tenía la edad del más pequeño, ya conocía lo que era pasar hambre, pero ahora, gracias a su buena suerte, su pequeño no sabría nunca lo que suponía acostarse con el estómago vacío.

Alabama había crecido en uno de los peores distritos de Manhattan; las cucarachas, los drogadictos y los mendigos llenaban las calles de su barrio. Tras una dura infancia y una adolescencia conflictiva, Alabama decidió sacar partido a lo único que le haría salir de esa cloaca: su atractivo. Sus rasgos exóticos y su belleza fueron el pasaporte a una vida mejor, una en la que no le faltaría un plato de comida o un techo sobre su cabeza; tan solo entregaría su cuerpo y eso, para Alabama, no tenía importancia.

Pasó mucho tiempo ejerciendo la prostitución, pero de nuevo la suerte le llegó en forma de ángel: un buen hombre que

se enamoró de ella, la sacó del club y, tras casarse, le regaló los mejores años de su vida.

Ahora, vivía en un bonito apartamento con su hijo Jayden, fruto de su matrimonio con Ken, y con el hijo de este, Pay, al que criaba como si fuera su madre, pues la verdadera había fallecido en el parto.

—Mamá, esto está de vicio —le dijo Pay con la boca llena de carne de pollo.

—Te he dicho mil veces que con la boca llena no se habla. —Se la limpió con una servilleta—. Mira cómo te has puesto —lo reprendió al ver las manchas de grasa sobre su camiseta.

Alabama observó a sus hijos, su hogar. Todo era maravilloso, mejor dicho, todo había sido maravilloso. Sus ojos se llenaron de pena. Hacía unos meses que ese ángel que la había sacado de las calles, ese con el que tuvo a su pequeño Jayden, se había transformado. Desde que lo echaron del trabajo, su tranquila vida familiar ya no lo era tanto. Ken se deprimió y comenzó a rodearse de mala gente, de indeseables que lo llevaban por un camino que no era el correcto. Pasaba muchas horas fuera de casa, no cuidaba de ella ni de sus hijos, bebía más de la cuenta...

—No quiero más, mami. —El pequeño Jayden la sacó de sus pensamientos. Tan solo había mordisqueado un poco su muslo de pollo.

—No, no, no, de eso nada —lo regañó—. Come —le ordenó con contundencia. Los observó a ambos, tan diferentes—. No entiendo cómo puedes estar tan delgado —le dijo a Pay.

Y así era. El muchacho devoraba a dos carrillos, tenía hambre a todas horas y, por más alimento que metía a su estómago, estaba tan delgado que parecía enfermo. Ya contaba con quince años, pero Jayden, con ocho, pesaba casi más que él.

Pay se encogió de hombros, se había terminado su pieza de carne y esperaba con impaciencia las sobras de su hermano; sabía que iba a dejarse casi todo el pollo, siempre lo hacía.

—Mami, ¿cuándo viene papá? —le preguntó el más pequeño.

Alabama no sabía qué contestar, últimamente, Ken pasaba más horas fuera que dentro de casa. Pero esa vez no tuvo que inventar una excusa para responder a su hijo, porque, de pronto, la puerta de la casa se abrió de golpe y Ken apareció sudoroso, nervioso.

Los niños se levantaron con rapidez, gritando entusiasmados, y corrieron a los brazos de su padre. Pero este apenas los miró, se limitó a tomar de la mano a Jayden y tirar de él hacia la puerta de la casa.

—¿Ken? —Alabama se levantó preocupada. ¿Qué le ocurría?—. ¿Ken? ¿Qué pasa? —Lo tomó de un brazo, intentando retenerlo—. ¿Adónde te lo llevas?

Ken se retiró los largos mechones negros de la frente. Sudaba de manera copiosa y sus ojos parecían a punto de salirse de sus órbitas.

—¡No me jodas, Alabama, tengo prisa!

Su grito hizo que Jayden comenzara a llorar, asustado; siempre había sido un niño lleno de miedos y terrores nocturnos, cualquier cosa lo alteraba.

—Deja de decir tacos delante de los niños. —Alabama tomó a su pequeño entre sus brazos, consolándolo y protegiéndolo de todo, como siempre hacía.

—Suelta al niño, se viene conmigo —le ordenó Ken con tono tosco.

Alabama lo miró sorprendida. Él nunca le había hablado así, siempre era dulce, cariñoso.

—Ken, por Dios, me estás asustando.

—No tengo tiempo para darte explicaciones. Necesito al niño; antes de que te des cuenta, estará de vuelta. —Intentó separarlo del abrazo de su madre, pero ella lo sujetaba con fuerza.

—No te llevarás a mi hijo sin decirme adónde y por qué.

Ken la miró con furia, estaba tan desesperado que incluso estuvo tentado de golpearla.

—Necesito que nos ayude... —No le gustaba, y menos en ese caso, dar explicaciones; pero la mirada azul de Alabama lo tocaba tan dentro que no fue capaz de tomar al niño por la fuerza y marcharse.

—¿Para qué?! —le gritó desesperada—. Dime, ¿para qué quieres a mi hijo?

—Te recuerdo que es nuestro hijo.

—¿Y crees que esa es suficiente razón para sacarlo de noche sin cenar?

Ken caminó por el salón, nervioso.

—Tiene que venirse conmigo. Lo necesito, es pequeño y entrará por el agujero.

—¡No! —Alabama gritó desesperada. Ese maldito hombre había vuelto a las andadas y ahora quería meter a su niño en sus fechorías—. No permitiré que mi hijo se vea involucrado en tus robos.

—¿Y qué quieres que le diga al jefe? Dime, ¿qué coño le digo? —Un sudor frío comenzó a bajar por la espalda de Ken. El jefe quería al crío, iban a entrar en una joyería a través de un hueco pequeño, uno por el que solo entraría un niño—. No admite un no. Joder, necesito llevármelo conmigo. No correrá peligro, solo tiene que entrar por un agujero, llenar unas bolsas y salir.

—Pero ¡¿tú te estás oyendo?! —Alabama tenía ganas de golpearlo—. Es solo un niño, no puedes pedirle que haga algo así.

—No quiero entrar por un agujero, mami —le dijo Jayden entre hipidos—. Me da miedo.

—Y no lo vas a hacer, cariño. —Alabama separó a su hijo de su regazo y le secó las lágrimas.

—Si vuelvo sin él, el jefe me matará —sentenció, y entonces el salón se quedó en total silencio.

Ni siquiera se escuchaban los sollozos de Jayden ni el ruido que hacían los radiadores, incluso el golpeteo de la lluvia cesó. Pero, de repente, se escuchó una suave voz; una voz que, con valentía, pronunció unas palabras que cambiarían para siempre la vida de la familia Fords:

—Yo lo haré —le dijo Pay.

Ken lo miró sorprendido y lo que vio en sus ojos le provocó un fuerte escalofrío, su hijo de tan solo quince años parecía hablar con la determinación de un hombre hecho y derecho.

—No, no, no... —negó Alabama.

—Yo lo haré, soy delgado, más que Jayden. Además, si te lo llevas a él, llorará.

Ken asintió, no le quedaba más remedio.

Lo tomó de la mano y juntos caminaron hacia la salida.

—¡No le hagas eso a tu hijo, Ken! —le gritó Alabama—. Si lo haces, te arrepentirás toda la vida.

Ken siguió caminando. Sabía que ella tenía razón, claro que se arrepentiría toda su vida, pero eso era mejor que morir.

Subieron al coche. Pay no abrió la boca en todo el camino, ni siquiera lo miró. Hasta ese momento, su padre había sido su referente, su protector, la persona que más amaba en el mundo, pero ahora..., ahora no sabía si lo quería. Lo que sí tenía claro era que, a partir de ese día, de esa noche, nada volvería a ser como antes.

—Estoy orgulloso de ti, hijo. —Ken había aparcado a dos manzanas de la joyería que iban a robar y sintió la necesidad de romper el silencio en el que el chico se había sumido—. Ha sido muy valiente por tu parte proteger así a tu hermano.

Pay no dijo nada, se limitó a caminar y a hacer todo lo que le ordenaron sin rechistar, sin darle tregua al miedo que le provocó pasar por el conducto estrecho y oscuro que lo llevó hasta el interior de la joyería. No hizo ruido, fue sigiloso, llenó varias bolsas y, cuando llegó a casa tras su primera vez, se acostó junto a su hermano pequeño.

—Todo está bien, yo siempre cuidaré de ti —le susurró.

Pero Jayden ya no lo oía, estaba profundamente dormido.

Capítulo 2

15 años después

—Hola, Rob. ¿Qué es lo que pasa?

Le pareció extraño ver la fábrica cerrada y a todo el mundo en la calle. A esas horas solía ser el cambio de turno, tendría que haber movimiento de empleados entrando y saliendo.

—Nos despiden a todos, tío. —Rob bajó la mirada con tristeza.

—¡No me jodas! —exclamó Pay.

Llevaba un año trabajando en la fábrica de conservas. En nada iban a hacerle fijo y, aunque el sueldo no era muy bueno, entre ese trabajo y la recogida de basuras que hacía por las noches, ganaba lo justo para sobrevivir y pagarle los estudios a su hermano.

Rob no contestó, no le quedaban fuerzas; se limitó a encogerse de hombros y caminar hacia su coche.

Pay se acercó a la puerta de la fábrica, donde un gran cartel anunciaba lo que su compañero le acababa de contar. La cerraban por impago, por lo que todos los empleados pasarían a engrosar la larga lista de desempleados.

—¡Mierda!

Golpeó con fuerza el cartel con una mano. No servía de nada ese arrebato de ira, pero necesitaba soltar parte de esa furia que lo llenaba y le oprimía el estómago como ese puño que acababa de estrellar.

Pay miró al cielo. Debería volver a la oficina de empleo, necesitaba otro trabajo; con el de la noche, no les daba ni para pagar el alquiler. Tendría que pasar de nuevo por las miradas de pena de esos funcionarios de mierda.

A pesar de tener solo treinta años, ya era casi un anciano para ciertos trabajos. Todo el mundo quería chicos mucho más jóvenes, formados, y él... Él había dejado los estudios para trabajar con su padre, para hacer lo que él y el gran jefe le ordenaban.

Se llevó las manos a la cabeza, presa de la desesperación, y pateó sin control la tierra que cubría el suelo de la entrada a la fábrica.

—Vete a casa, hijo. —Sam, el vigilante, le palmeó la espalda—. No puedes hacer nada.

Pay clavó sus ojos verdes en el cielo, Sam tenía toda la razón. Asintió y, tras despedirse de él, con las manos en los bolsillos, se encaminó hacia el metro.

Su pequeño apartamento estaba tan solo a tres estaciones de la fábrica. Vivían en un barrio pobre en el que los alquileres eran muy bajos.

—¿Qué haces en casa? —Nada más abrir la puerta, se encontró con su hermano, que salía de la cocina con un vaso de leche.

—Eso mismo quisiera saber yo, creía que estarías en la universidad.

—Día libre —le dijo Jayden levantando el vaso como si fuera a brindar—. Hoy no hay clase, todos los estudiantes están de fiesta.

—¿Y por qué estás en casa?

—Aprovecho para estudiar.

—Siempre tan responsable, deberías vivir un poco más. —Su sonrisa cansada preocupó a Pay.

—Mira quién fue a hablar. ¿Qué pasa, hermano? —lo interrogó, alarmado. Su aspecto era terrible.

—La fábrica..., la fábrica ha cerrado. Nos han despedido a todos. No sobreviviremos si solo trabajo en la recogida de basuras. Sabes que pagan una mierda.

—¡Joder! —exclamó Jayden consciente del enorme esfuerzo que Pay hacía día a día para traer dinero y lo que le suponía perder ese empleo a su mermada economía.

A pesar de los dos trabajos que hasta esa mañana había tenido, del cansancio, de no tener vida propia, Pay seguía fiel a la promesa que un día le hizo: haría todo lo que estuviera en sus manos por protegerlo, por darle una vida mejor. Y la estaba cumpliendo, al menos, hasta el momento.

Cabizbajo, se sentó en el ajado sofá que presidía su diminuto salón y Jayden lo siguió.

—Yo buscaré trabajj...

—¡No! —lo interrumpió—. ¡Escúchame bien! —Lo señaló con un dedo—. Tú te limitarás a estudiar. No vamos a joderlo todo ahora con lo poco que te queda para terminar la carrera.

—Pero...

—No hay peros que valgan, tú ocúpate de sacar buenas notas y yo lo haré de traer el dinero a casa.

—Eres un auténtico cabezota.

—Sí, lo soy, y también el mayor y el que manda.

Jayden lo miró enfadado.

—Ya no soy un niño.

—Pues no te comportes como uno.

—Bah, paso de ti. Voy a seguir estudiando. —A veces, su hermano conseguía sacarlo de quicio; su sentido de la responsabilidad era tanto que no entraba en razón.

—Eso, tú estudia y no te preocupes por nada más.

Lo dejó por imposible y se sentó frente a los apuntes y los libros que llenaban la vieja mesa del salón.

Pay tomó el mando de la tele y, sin prestar realmente atención a lo que se veía en la pantalla, se dedicó a navegar por la infinidad de canales que ofrecía esa caja tonta.

Nada le interesaba, en su cabeza tan solo flotaba una idea que lo angustiaba: ¿cómo iba a hacer frente a los gastos de la universidad? ¿Cómo iba a hacer para poder comer, vestirse, pagar el alquiler?

De repente, algo llamó su atención y subió el volumen, ya que apenas se escuchaba:

—Puedes hacer el favor de... —protestó Jayden.

Pero Pay le pidió que guardara silencio haciendo un gesto con una mano.

—*La ciudad de Shen ha abierto sus puertas para nosotros* —decía Joanna, la locutora—. *Estamos deseando conocer sus secretos.*

—Shen —repitió en voz alta junto a la simpática presentadora, que, con brillante sonrisa, miraba a la cámara.

Conocía ese lugar, su querido padre los había abandonado para formar parte de ese proyecto.

Jayden también prestó atención a la noticia, dejó el libro de anatomía y se sentó al lado de su hermano. Ambos sentían mucha curiosidad por saber qué le había ofrecido Shen a su padre para que lo dejase todo.

La pantalla les mostraba la gigantesca puerta de hierro que separaba ese paraíso del resto del mundo.

Shen era un complejo alejado de la gran ciudad, situado en medio de la nada, incomunicado y protegido por una gran muralla. El único acceso era la puerta frente a la cual se encontraba la periodista. La mujer se jactaba de ser la primera que la atravesaba, pues Joss Staman, fundador y cabecilla de Shen, siempre

celoso de la intimidad de los habitantes de su ciudad, no permitía la entrada de nadie ajeno al complejo.

Los hermanos apenas pestañeaban contemplando la televisión. Al lado de Joss Staman estaba Ken Fords, su padre.

—Pero será hijo de puta —masculló Pay.

Hacía años que no sabían nada de él, ni siquiera una llamada, nada. Desde que entró en Shen se había olvidado por completo de sus dos hijos. Durante un tiempo intentó captarlos para que se unieran al proyecto, trató de hacer todo lo que estuvo en su mano para convencerlos y que lo dejaran todo: los estudios de Jayden, los trabajos de Pay e incluso a su madre enferma. Alabama estaba ingresada en un hospital a la espera de morir, pues su enfermedad, en aquella época, no tenía cura y sus días estaban contados. Pero ellos no eran como Ken. Ellos no podían cerrar los ojos y lanzarse, aunque fuera para adentrarse en el paraíso, sin pensar en lo que dejaban atrás.

«Mamá». Pay pensó en ella y cerró los ojos para recordarla. No lo había traído al mundo, pero él la sentía, la sentiría siempre como su madre, porque cuidó de él y lo amó con tanta dedicación que se ganó ese puesto con creces. Jamás perdonaría a su padre, y eso que él sí que era sangre de su sangre, pero nunca olvidaría su pasividad, su crueldad al dejar a su mujer sola y pretender que sus hijos también la olvidaran en aquel hospital. Desahuciada en una habitación compartida, pues no había medios económicos para una de esas clínicas de gente rica, con todas las comodidades. «Maldito cabrón», pensó mientras clavaba los ojos en Ken.

—*Señor Staman, muchísimas gracias por esta oportunidad.*

La voz de la periodista atrajo de nuevo su atención. Tenía una bonita sonrisa y sus ojos brillaban, había conseguido atravesar la puerta e iba a ser la primera en entrevistar a ese hombre cuya mirada imponía. Seguro que en esos instantes era la envidia de toda la profesión; muchos lo habían intentado, pero solo ella lo

había conseguido. Tenía un secreto que nunca desvelaría, un as bajo la manga: gracias a su amistad con el senador John Hudson, uno de los prestigiosos integrantes de Shen, lo había logrado.

—*Soy yo quien les da las gracias a usted y a la TWW por darme la oportunidad de mostrar nuestro modo de vida. Van a ver que no somos unos ogros.* —Sonrió a la cámara.

Staman era un hombre atractivo, con mucho carisma. Pay estaba seguro de que con ese simple gesto se había metido en el bolsillo a todos y cada uno de los televidentes.

—*La verdad es que corren rumores sobre los sheenitas.*

Staman se carcajeó.

—*Disculpe.* —Se recompuso al instante, se notaba que estaba acostumbrado a hablar en público, pues dominaba la situación—. *Me hace mucha gracia esa manera de llamarnos.*

Caminaban mientras tenía lugar la entrevista. Ken Fords no se separaba de Staman, como si fuera un perro fiel, y eso le revolvió las tripas a Pay.

La cámara mostraba una gran plaza donde algunos de sus habitantes se habían reunido para dar la bienvenida a la televisión.

Todos sonreían, parecían felices. Las mujeres y los niños permanecían en un segundo plano. Vestían de manera muy similar, de forma discreta, con colores apagados, de tal forma que ninguno sobresalía; parecían casi ir uniformados.

Los hombres llevaban trajes de color azul marino, todos menos Staman, que lucía uno gris perla.

—*¿Y cómo se supone que deberíamos llamarlos?*

—*Simplemente, Hijos de los Hombres. Eso somos todos, ¿no cree?*

—*Y de las mujeres.*

Que Joanna era una activista feminista era sabido en todos los ámbitos. Siempre imponía en sus entrevistas su forma de pensar e intentaba descubrir de manera perspicaz la de los hombres que entrevistaba. Sabía que no era bueno excederse, pero era inevitable.

—*Por supuesto, qué sería de nosotros sin nuestras mujeres.*

—Pero ¿qué mierda es esta? —Jayden miraba la pantalla con total asombro. Cuando su padre les comunicó que se marchaba para vivir en Shen, les sonó a chiste malo; pero ahora que lo veía con sus propios ojos, la situación parecía más ilógica de lo que había pensado—. Un montón de gente viviendo aislada del mundo, con sus propias normas, sus leyes.

—Así es, hermano. Y ahí tienes a tu padre, metido hasta las trancas.

—*Cuéntenos un poco, ¿qué es Shen?* —Joanna continuaba con su entrevista.

—*Esta ciudad* —le dijo señalando toda la extensión de casas de ladrillos azules— *es un proyecto en el que me embarqué, parto del mundo en el que vivía. Hemos vuelto a los orígenes del hombre. Aquí todos somos hermanos, todos nos ayudamos, nos cuidamos y protegemos. Somos una gran familia.*

El orgullo que trasmitían sus palabras le erizó el vello a Pay. Una familia. Y, entonces, ¿qué coño eran ellos para su padre?

—*Me llama la atención la insignia que adorna su americana. ¿Podría explicar a los telespectadores que aún no conocen su ciudad qué significa?*

—*Es el símbolo egipcio que da nombre a nuestra ciudad* —recalcó el posesivo con la intención de indicar que aquellas tierras no solo le pertenecían a él, sino también a sus habitantes—: *Shen.*

La cámara se centró entonces en la solapa del traje de Staman y mostró con total detalle la pequeña insignia que lo adornaba. Se trataba de un doble y perfecto círculo de cuerdas cuyo extremo inferior estaba atado por un nudo. Dentro del círculo, las letras «HDLH» en dorado resaltaban a la perfección.

—*Siempre he sido un amante de la cultura egipcia* —continuó Staman mientras la cámara volvía a enfocar a su cara— y

este símbolo en particular representa lo que nosotros, los Hijos de los Hombres, queremos entregar a todos lo que se acerquen a nuestras puertas y deseen formar parte de este proyecto: protección eterna.

—¿Qué significado tienen las cuatro letras? —le preguntó Joanna señalándolas.

—*HDLH, creo que es evidente, Hijos de los Hombres. Incluir nuestro nombre dentro del círculo significa eternidad para nuestro pueblo, la fuente de la vida, protección, el todo.*

Los ojos de la periodista brillaban con completa admiración.

—*Este símbolo está por todas partes* —les explicó Joanna a los espectadores, señalando la forma en la que las casas que tenía a la vista se distribuían—. *Incluso flanquea la entrada a la ciudad.*

Entonces la cámara que estaba en exteriores enfocó en un primer plano el símbolo forjado en hierro que adornaba de manera visible la parte superior de la puerta de entrada, se podía contemplar desde todas las perspectivas.

La periodista quería adentrarse más en el complejo. Desde la posición en la que se encontraban, solo se veían unas pequeñas casas de color azul, pero Staman la detuvo en seco.

—*Lo lamento, pero no podrán grabar nada más que esta parte de la ciudad. Comprenda que la intimidación de mis hermanos es muy importante* —le explicó su reticente comportamiento.

Pay sabía que ese tipo tan elegante no vivía en una de esas pequeñas casas; quizá no deseaba mostrar la opulencia de su hogar o tal vez tenía algo que ocultar. Fuera lo que fuera, una idea llegó a su mente, una que hizo que dejara de prestarle atención a la televisión, a la entrevista e incluso a su querido padre.

—Ya sé cómo vamos a salir de esta —le dijo a su hermano.

—¿Cómo?

—Él. —Señaló a su padre—. Él nos va a ayudar.

—¿Padre? —Jayden lo miró como si de repente hubiera perdido la cordura.